

Dedicados al amor fraterno

Miguel Ángel del Río, OP
Prof. de Sacramentos en la Fac. de San Esteban - Salamanca

Presentación

Meditaciones sobre el Prefacio I de Cuaresma

El texto sobre el que vamos a reflexionar es el prefacio I de Cuaresma. El texto castellano es el siguiente:

*Por él concedes a tus hijos
anhelar, año tras año,
con el gozo de habernos purificado,
la solemnidad de la Pascua,
para que, dedicados con mayor entrega
a la alabanza divina y al amor fraterno,
por la celebración de los misterios que nos dieron nueva vida,
lleguemos a ser con plenitud hijos de Dios.*

Este prefacio es, en sus principales expresiones, muy antiguo. Lo encontramos en el sacramentario Gelasiano Vetus, n. 513, aunque, en algunas de sus expresiones descubrimos la mano del Papa san León Magno (440-461). A lo largo de nuestra reflexión iremos introduciendo algún texto de León Magno y de otros autores que ilustrarán y ayudarán a comprender de modo más amplio el significado de este prefacio. Además de estas fuentes de orden patrístico y litúrgico, todos los textos eucológicos están fuertemente enraizados en la Biblia, y cuanto más antiguos son, más lazos y referencias bíblicas tienen. Por eso, mediante la exégesis de los textos litúrgicos, la Biblia encuentra su vitalidad y actualidad. Descubrir estas referencias es un ejercicio muy interesante, que amplía mucho la comprensión de los textos litúrgicos y de las celebraciones, y que ayuda a la profundización en la contemplación y en la oración. Para este textos hay tres referencias claras: Jn 1, 12; Rm 8, 20b-21 y Ef 3, 14-19, aunque son múltiples las reminiscencias bíblicas de estas expresiones. Citando algunos textos que han podido ser fuente de nuestro prefacio encontramos, en el Antiguo Testamento, los siguientes: Dt 28, 47; Is 12, 3; 25, 9; 30, 18; Jer 14, 22; Mi 7, 7; Esd 6, 16; 13, 13; Tb 14, 4; Est 13, 17; Jdt 7, 23; 8, 20.23; Pr 20, 6.22; Sb 2, 22; 3, 9; Dn 2, 30; 2M 7, 14. En el nuevo, serían los siguientes: Hch 1, 4; 24, 15; 1Co 1, 7; 14, 2.22; 2Co 5, 14; 9, 8.12.17-23; 11, 25; 12, 10; 15, 32; Ef 1, 1.5.9; 2, 10; 3, 3.17; 5, 32; 6, 19; Col 1, 2.26-27; 2, 6-7; Flp 3, 20; 1Tm 2, 2; 3, 16; 4, 3; 2Tm 3, 5; Ga 4, 5-6; 5, 5; 6, 10; 1Ts 1, 3; 3, 9; 5, 5.13; Tt 2, 13; Hb 10, 24; 1P 1, 23; 2P 3, 11; 1Jn 1, 4; 3, 1-2; 2Jn 12; Ap 17, 5.

Pero, para ir por partes, hemos de preguntarnos, en primer lugar, qué es un prefacio y cuál es su función dentro de la celebración eucarística.

El prefacio es una introducción a la Plegaria Eucarística y es, por eso, una acción de gracias. El sujeto de esta acción de gracias es o bien un aspecto del misterio que se conmemora en la celebración o algún hecho de la historia de la salvación en general, según lo que se celebre. Su estructura es común: es justo y necesario alabar a Dios; porque ... (contemplación de Dios y de su obra); Dios es eternamente alabado en el cielo; por eso pedimos que nuestra alabanza sea aceptada. Nosotros aquí solamente analizamos el segundo momento.

Por eso, su función en la celebración es dar gracias a Dios en el primer momento de la Plegaria Eucarística. El que formula esta acción de gracias es el sacerdote, pero lo hace en nombre de todo el pueblo cristiano.

No es función de prefacio, por ejemplo, del que nos ocupa, desarrollar entera la temática del tiempo. Al prefacio le basta tomar la idea de uno de los elementos importantes de la Cuaresma para formular una acción de gracias que termina en la alabanza divina. En cambio, el conjunto de los prefacios de Cuaresma si podría ser considerado como un resumen de toda la temática cuaresmal.

Aparecen tres ideas fundamentales que serán el eje de nuestra reflexión: la Cuaresma no es un fin en sí misma, está orientada a la Pascua; la alabanza divina y el amor fraternal son las dos exigencias fundamentales del tiempo de Cuaresma; la comprensión de la Cuaresma de este modo, y la puesta en práctica de estas orientaciones nos llevan al culmen de la vida cristiana, a algo que se realiza de modo pleno en la Pascua: ser hijos de Dios de modo más pleno.

1. La cuaresma está orientada hacia la Pascua

Este prefacio nos presenta la Cuaresma en todo su aspecto positivo: se trata de la preparación gozosa, en un ambiente de purificación interior, de alabanza y de caridad, para las celebraciones pascuales de la pasión, muerte y resurrección de Jesús (*paschalia sacramenta*). Este es el acontecimiento originante y fundante de la fe cristiana. Y todo esto, como síntesis perfecta de la actitud constante que debe presidir toda la vida cristiana, la cual es una asimilación progresiva del misterio pascual de Cristo.

El tiempo de Cuaresma está ordenado a la preparación de la celebración de la Pascua: la liturgia cuaresmal prepara para la celebración del misterio pascual tanto a los catecúmenos, haciéndolos pasar por los diversos grados de la iniciación cristiana, como a los fieles que recuerdan el bautismo y hacen penitencia.

(Normas Universales sobre el Año litúrgico y sobre el Calendario, 27)

La Cuaresma no es un fin en sí misma, sino que culmina y se perfecciona en la celebración de la Pascua. No se trata solamente de una contemplación de la Pascua sino de una acción que la liturgia nos ayuda a realizar con empeño.

Según el texto de prefacio el anhelo de la Pascua está provocado por la purificación personal. Esta purificación será señalada y completada por el resto de la eucología cuaresmal.

Este movimiento está marcado por esa purificación que abarca todos los elementos constitutivos de la persona. En definitiva, es el paso del hombre viejo al hombre nuevo:

Despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestios del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador, donde no hay griego y judío; circuncisión e incircuncisión; bárbaro, escita, esclavo, libre, sino que Cristo es todo en todos. Revestios, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente (Col 3, 9b-13).

Por esto mismo, el tiempo de Cuaresma es un tiempo de salvación, porque en lo expresado en el texto de la carta a los Colosenses se muestra la finalidad de este tiempo de conversión. En eso consiste y a eso está orientado este tiempo.

2. Dos exigencias fundamentales

La espiritualidad cuaresmal tiene un aspecto ascético, que se concreta en la oración y en el ejercicio de la caridad, pero también un aspecto sacramental, que es la preparación a los misterios de nuestra regeneración. Por la temática de nuestro prefacio, aquí únicamente nos fijaremos en el aspecto más ascético con sus dos vertientes.

2.1 La alabanza divina.

A pesar de que la oración es una de las tres actitudes esenciales de la Cuaresma, hay un momento en cada Cuaresma, el domingo II, en el que se nos recuerda de modo más destacado el tema de la oración. En esos textos, cuando se nos narra la transfiguración, lo primero es la oración. La oración siempre es un movimiento de amor. Jesús busca al Padre. Tiene necesidad de adentrarse en Dios y lo busca.

Lo busca en las calles y en las plazas, entre los hijos de los hombres, entre el dolor y la esperanza de los hombres, entre la blandura o la dureza de los hombres, entre la acogida o el rechazo de los hombres. Pero Jesús quiere subir al monte, que parece que está más cerca del cielo, donde todo es más limpio, donde hay más silencio. Es cierto que Jesús oraba en la vida, que hacía oración de la vida; pero también se necesita, a veces, un poco de distancia para ver mejor las cosas de la vida.

La oración es un espacio gratuito que se dedica y se reserva a Dios. Es como el amor. No se ama por algo o para algo; se ama porque se ama y para amar.

La oración es luz, un ver con ojos nuevos, un mirarlo todo en profundidad, un vestirse de la verdad. Es, en definitiva, experimentar en Jesús, como los apóstoles, la gloria de Dios.

Mirando con esa luz, con esos ojos nuevos, todo se transfigura: el hombre y su historia, las personas y los acontecimientos; se puede descubrir una imagen distinta. de ese modo todo se ve más claro, se entienden los signos, se descubren nuevas profundidades, el sentido de las cosas.

Orar es vital para la vida de la Iglesia y para la vida de todos y cada uno de los cristianos. Orar es reconocer el valor primordial que Dios tiene para nosotros, y una forma de abrirnos a Él.

La fuente de nuestra oración ha de ser la Palabra de Dios actualizada en nuestra vida, porque esta Palabra nos muestra el ser mismo de Dios y su fidelidad para con los hombres.

La necesidad de recuperar y revisar nuestra oración en tiempo de Cuaresma está motivada porque es una forma de renovar y de alimentar las propias opciones. Es una forma de mantener despierta nuestra mente y nuestra fe.

Como nexo entre los dos momentos que estamos tratando (oración y amor fraterno), puede servirnos un texto de san Juan Crisóstomo:

El sumo bien está en la plegaria (...). Una plegaria, por supuesto, que no sea de rutina, sino hecha de corazón; que no esté limitada a un tiempo concreto o a unas horas determinadas, sino que se prolongue día y noche sin interrupción.

Conviene, en efecto, que elevemos la mente a Dios no sólo cuando nos dedicamos expresamente a la oración, sino también cuando atendemos a otras ocupaciones, como el cuidado de los pobres o las útiles tareas de munificencia, en todas las cuales debemos mezclar el anhelo y el recuerdo de Dios (Viernes después de Ceniza. Oficio de Lectura).

En este texto, se nos indica, es más, se nos invita, a tener, especialmente en la Cuaresma, una fuerte vida de oración, incluso a hacer de toda nuestra vida una oración, dejándonos de falsas e imaginarias distinciones entre nuestra relación con Dios y nuestra relación con los hombres. Eso sí, haciéndolo con el espíritu que señala Juan Crisóstomo.

2.2. El amor fraterno

Con este espíritu, aunque haya que volver, después de esa experiencia de oración, de cercanía de Dios, de felicidad, a los duros caminos de la vida, aunque haya que afrontar la lucha y las dificultades, aunque haya que acercarse a los heridos del camino, aunque haya que pasar por la oscuridad y el rechazo, la luz de la experiencia de oración, ya no abandona, siempre seguirá dentro la experiencia de Dios.

No se acepta ni se cree en una salvación que sea extraña y aislada de los otros, que garantice seguridades individuales o que se obtenga exclusivamente con formas

devocionales. Si somos salvados, es algo que ocurre con los otros y por medio de los otros, no huyendo, sino asumiendo responsabilidades y no eludiendo sino desempeñando tareas. Este acento comunitario de unidad eclesial y de solidaridad humana debe caracterizar todas las actividades cuaresmales para que de ese modo se manifieste y actúe el aspecto solidario y unificador de la salvación cristiana.

Dedicarnos al amor fraternal consiste en practicar la misericordia con los que lo necesitan. Así lo señala san Pedro Crisólogo:

Tú que ayunas, piensa que tu campo queda en ayudas si ayuna tu misericordia; lo que siembras en misericordia, eso mismo rebosará en tu granero. Para que no pierdas a fuerza de guardar, recoge a fuerza de repartir; al dar al pobre, te hacer limosna a ti mismo: porque lo que dejes de dar a otro no lo tendrás tampoco para ti (Martes de la III semana de Cuaresma. Oficio de Lectura).

A medida que avancemos en las celebraciones litúrgicas de la Cuaresma iremos descubriendo más y más cómo es esa dedicación al amor fraternal que Jesús nos propone y nos enseña con su propia vida. Así, en los momentos previos a su muerte, cuando cena con sus discípulos, no les dice que deben imponer su ley por la fuerza, sino que esa fuerza debe mostrarse en la debilidad. Desde esto, nosotros, como sus seguidores, debemos imitarle en ese modo de ser Dios: cercano, que sirve, preocupado por los demás. Hace ya algunos años, uno de los libros que cada año en Adviento-Navidad y Cuaresma-Pascua publica Cáritas, llevaba por título *Un dios para tu hermano*. Nosotros hemos de ser dioses para los que nos rodean, cada uno de nosotros ha de ser *UN DIOS PARA SU HERMANO*. Desde esto, el ser un dios para el hermano es ir por la vida haciendo las veces de Dios, del Dios que se nos mostró en Jesús. Esto puede sonarnos mal, podemos hasta pensar que es tener varios dioses. Pero no. Creo que entre nosotros no harían falta aclaraciones: el Dios que tenemos que encarnar es el que se reveló en Jesús. Lejos de nosotros el encarnar a un Dios glorioso o justiciero, que fuésemos por ahí pidiendo honores, aplausos y alabanzas. Nosotros tenemos que encarnar al Dios misericordioso, que pasó por la vida *haciendo el bien* y curando a los oprimidos, que se volcó sobre los pequeños y los que sufren, que no quiso ser servido sino servir. Desde ahí podemos entender mejor la exigencia de dedicarnos al amor fraternal que nos plantea nuestro prefacio. Es la misma idea, aunque expresada de otro modo, que ya planteaba san León Magno:

La largueza ha de extenderse ahora (en Cuaresma), con mayor benignidad, hacia los pobres y los impedidos por diversas debilidades, para que el agradecimiento a Dios brote de muchas bocas, y nuestros ayunos sirvan de sustento a los menesterosos. La devoción que más agrada a Dios es la de preocuparse de sus pobres, y, cuando Dios contempla el ejercicio de la misericordia, reconoce allí inmediatamente una imagen de su piedad. No hay por qué temer la disminución de nuestros haberes con esas expensas... En toda esta faena interviene aquella mano que aumenta el pan cuando lo parte, y lo multiplica cuando lo da (Martes de la IV semana de Cuaresma. Oficio de Lectura).

3. Conclusión

Jesús, de modo especial en el tiempo de Cuaresma, pone en nuestras manos la posibilidad de cambiar, de hacer algo nuevo. Porque sabe que es Dios quien lo hace, como señala Isaías: *No penséis en lo antiguo; mirad que realzo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis?* (Is 43, 19: Domingo V de Cuaresma. Ciclo C). Pero, ¿cómo lo hace? Devolviéndonos a todos la condición humana original, la condición de hijos de Dios. Este es el sentido de la renovación de las promesas bautismales que realizamos en la Vigilia Pascual. Dios, por la muerte y resurrección de su Hijo, nos dio la posibilidad de aceptar un regalo, algo nuevo que él mismo comienza: la dignidad de hijos e hijas de Dios. Y es que Él, verdaderamente, no piensa ya en lo antiguo.

La práctica de estas dos actitudes fundamentales en la vida cristiana nos lleva a un encuentro más íntimo con Cristo y con la comunidad. Y viceversa, es este encuentro lo que ayuda a cambiar nuestra mente (*purificatis mentibus*) de modo más profundo, en su base, en los mismos fundamentos.

Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no le conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él porque le veremos tal cual es. (1Jn 3, 1-2)

Esta renovada situación de *hijos de Dios* provoca alegría y entusiasmo. Además impele a dar testimonio de la propia experiencia y con la propia vida, imitando, actualizando y prolongando de ese modo al modelo máximo: Jesucristo. Los modos de dar ese testimonio pueden (o, mejor dicho, deben) ser tres: el testimonio verbal, el testimonio de la conducta y el testimonio del compromiso.

San Gregorio de Nisa, en uno de sus sermones sobre la resurrección, expresa la idea de ser hijos de Dios de un modo muy bello:

Ha comenzado el reino de la vida y se ha disuelto el imperio de la muerte. Han aparecido otro nacimiento, otra vida, otro modo de vivir, la transformación de nuestra misma naturaleza (...) En este día es creado el verdadero hombre, aquel que fue hecho a imagen y semejanza de Dios. ¿No es, por ventura, un nuevo mundo el que empieza para ti en este día en que actuó el Señor? (...)

¡Oh mensaje lleno de felicidad y de hermosura! El que por nosotros se hizo hombre semejante a nosotros, siendo el Unigénito del Padre, quiere convertirnos en sus hermanos y, al llevar su humanidad al Padre, arrastra tras de sí a todos los que son ya de su raza (Lunes de la V semana de Pascua. Oficio de Lectura.).

De este modo hemos desgranado brevemente el significado del prefacio. Estas reflexiones pueden ayudarnos a ver la amplitud de miras que emergen de un texto en apariencia de fácil y simple interpretación.